
EL CALVARIO Y EL SECUESTRO

Antonio Santesmases



Desde el pasado 23 de febrero se han desplomado las ilusiones sobre el carácter estable de la democracia en nuestro país. Si Nicos Poulantzas se preguntaba en su última obra, antes de morir, que la burguesía había recurrido generalmente, para los fines de su dominación, al Estado representativo¹..., nosotros nos deberíamos preguntar justamente por lo contrario: ¿por qué la burguesía española ha recurrido, excepcionalmente, a las formas del Estado representativo para ejercer su dominación? ¿Por qué en España la democracia siempre ha sido la excepción y nunca la regla general?

La situación de la democracia en nuestro país es frágil e inestable. Nuestra reflexión debe partir de ese punto: el Estado democrático no está consolidado, hoy, en España. ¿Cuál debe ser, en estas circunstancias, la

política de la izquierda? ¿Cuál es el campo de actuación posible, el margen de maniobra existente, la cancha en la que nos vemos forzados a jugar?

No es de ninguna manera ocioso o masoquista el repasar nuestro reciente

pasado para descubrir las raíces del momento actual, para intentar percibir las claves de la situación presente. Convendría comenzar el recorrido por la situación en la que se encuentra el país a la muerte del dictador.

**¿Cabía otra salida distinta
a la ruptura negociada,
a la ruptura pactada,
al triunfo
de la reforma?**

La ruptura inexistente

Durante muchos años, la izquierda española discutió ardientemente sobre un principio que la historia reciente de nuestro país se ha demostrado inconsistente: ¿se puede llegar a derribar una dictadura mediante la presión social, la movilización popular, a través de las luchas y combates de las masas oprimidas? El mecanismo básico que debería traer consigo la llegada de la libertad sería la huelga general. Esa huelga nacional pacífica que no llegó en el cincuenta y nueve, ni en el sesenta y dos, ni en el sesenta y nueve, ni con los estados de excepción del setenta y del invierno del setenta y uno. Desde las primeras huelgas estudiantiles del cincuenta y seis hasta los ajusticiamientos de septiembre del setenta y cinco, existe una larga etapa de luchas estudiantiles, sindicales, nacionales, que no logran traer consigo la caída del régimen franquista.

¿Cabía otra salida distinta a la ruptura negociada, a la ruptura pactada, al triunfo de la reforma? Algunos consideran que en los meses de diciembre del setenta y cinco a marzo del setenta y seis se produce ese irreprimible movimiento popular que iba a traer consigo la posibilidad de una ruptura en caliente del régimen franquista. Una ruptura que si no implicaba a la par una ruptura con el régimen capitalista, la famosa «revolución permanente» mandeliana, si posibilitaba, al menos, un desmantelamiento del aparato estatal heredado del franquismo².

Pensamos, sin embargo, que tiene ra-

zón Claudín al afirmar que la movilización popular tenía unos precisos: era lo bastante importante como para desempeñar un papel en los acontecimientos pero no para determinar su salida. En caso de ir más lejos se dirigía hacia un enfrentamiento directo sin perspectivas de victoria³.

El papel de las clases dominadas fue relevante pero no decisivo, y ello por varias razones importantes. El extraordinario peso de un aparato de estado policial y militar, indemne tras la muerte de Franco. Nos encontramos ante un Ejército victorioso en una guerra civil contrarrevolucionaria (1936), que no estaba dispuesto a transigir lo más mínimo. Un Ejército que no era en absoluto permeable, que seguía considerándose monopolizador de la verdad de la patria, bastión firme de valores y principios que los *políticos*, inclusive los políticos del antiguo régimen, parecían tomarse a la ligera. Sólo dos botones de muestra: las dimisiones del general De Santiago ante los primeros contactos con las centrales sindicales, y del almirante Pita da Veiga una vez que se produjo la legalización del Partido Comunista⁴.

No cabe hacerse ilusiones sobre el tema. Detrás de los políticos, fueran conversos a la democracia o se mantuvieran fieles a las esencias franquistas, estaba el Ejército. Un Ejército acostumbrado a intervenir, a mantener la paz y el orden, la disciplina, la unidad, el trabajo, la austeridad, el sentido de la autoridad. Una autoridad que no admitía ni competencia, ni discusión, ni discrepancia, ni pluralidad. Una autoridad que se sabía sólo responsable ante Dios y la Historia, que vivía al enemigo político como un enemigo de España.

La tesis de que todos los políticos son uno y lo mismo, de que cualquier actividad política es sinónimo de corrupción, no es actual, no es fruto,

como algunos prefieren pensar, únicamente del período consensual; es una tesis previa. Tesis que tiene orígenes franquistas claramente antidemocráticos.

La inexistencia de ruptura implica la aceptación de los cauces de la reforma política: el bicameralismo, la aceptación de la Monarquía, una ley electoral claramente contraria a la España industrial, urbana, proletaria, una ley electoral que primaba a la España rural y oscurantista..., pero, sobre todo, implica la no depuración del antiguo aparato de Estado. ¿Cómo nos vamos hoy a extrañar que los fiscales no quieran firmar un escrito de repudio del golpismo y de apoyo de la democracia? ¿O que los miembros de las fuerzas de seguridad abandonen la noche

del golpe el tribunal constitucional...? ¿O que el número 1 de la promoción militar del rey siga viéndose en Franco el máximo espejo de las virtudes militares?

El hecho evidente es que ni la judicatura, ni las fuerzas de seguridad ni los mandos militares fueron democratizados.

La primera reflexión que habría que hacer es si esa democratización, desactivación de los sectores involucionistas, que no pudo ser realizada en 1976 al ser imposible la ruptura... no pudo, no debió ser realizada, exigida, posteriormente.

Antes de entrar en este punto, conviene detenernos en las elecciones del 15 de junio. Hemos afirmado que las clases subalternas salen descuartizadas de la dictadura: ¿es esta afirmación compatible con la gran victoria socialista de las elecciones de junio del setenta y siete? En muchas ocasiones, los analistas del período de transición tratan de comparar y contrastar dos resultados electorales extraordinariamente importantes: diciembre del setenta y seis y junio del setenta y siete. El referéndum para la ley de re-

forma política y las primeras elecciones democráticas. El porcentaje de abstención que propiciaban las fuerzas de la oposición es extremadamente bajo, el porcentaje de votos de la izquierda es enormemente alto. Habría que pensar que el tipo de votante socialista era extraordinariamente heterogéneo.

Es evidente que en las razones del voto pesaban la memoria histórica, la imagen de juventud y de ruptura con el pasado, el apoyo europeo, pero singularmente también un voto que quería un cambio prudente, moderado, pausado. Es importante constatar algunos rasgos relevantes: el debacle electoral de toda la extrema izquierda (a excepción de Euskadi); el escaso margen electoral del PCE, si lo comparamos con su extraordinaria importancia en

La inexistencia de ruptura implica la aceptación del bicameralismo, la Monarquía, una ley electoral contraria a la España industrial.

la lucha contra la dictadura; la inevitabilidad, a partir de aquel momento, de la unidad socialista (dada la absoluta hegemonía del PSOE); la desaparición de la

escena política de los antiguos partidos republicanos, y de la escena sindical del movimiento anarquista.

Todo ello, plantea al PSOE una enorme cantidad de problemas. La absoluta hegemonía electoral, en el seno de la izquierda, de los socialistas, hace recaer sobre ellos las expectativas, las esperanzas, las ansias de renovación y cambio de sectores importantes de la población. Junio del setenta y siete trae consigo la bancarrota de la extrema izquierda; a partir de aquel momento la actuación de los partidos extraparlamentarios estará marcada por el seguidismo: seguidismo de los partidos mayoritarios (caso del PT y de la ORT), seguidismo de los movimientos nacionalistas (caso del MC y de la LCR). Los procesos de unión o de fusión de estas organizaciones (LC con LCR, MC con OIC, inclusive PT con ORT) no traerán consigo una mayor implantación social, ni siquiera una mínima presencia electoral.

Todo esto hace que tras las elecciones de junio del setenta y siete la izquierda vaya siendo al espacio socialista y comunista, sin contar, claro está, con el nacionalismo. Este dato es importante porque si bien la correlación de fuerzas no iba a sorprender extraordinariamente (si exceptuamos la desproporción entre los votos socialista y comunista) a los representantes de las generaciones del cincuenta y seis o del sesenta y dos, sí iba a dejar totalmente desconcertados a los que podríamos considerar herederos del sesenta y ocho. Mientras los continuadores de la Asu o del Felipe encontraban su acomodo, más o menos fértil, al cobijo de los grandes partidos parlamentarios mayoritarios... es evidente que los luchadores de la última hornada se van a encontrar mayoritariamente sin espacio, sin hueco, sin perspectiva.

La Constitución en entredicho

Llegamos así al denominado, sin demasiado rigor, período constituyente. Y decimos sin demasiado rigor porque el proceso es extraordinariamente complejo en la medida en que están entremezcladas la reforma y la ruptura. No voy a referirme, por extenso, a este período ya que lo he hecho en otra ocasión⁵. Sólo quiero retener, para mi argumentación, algunos textos de la época para percibir las raíces de la fragilidad y zozobra del momento actual.

Tras las elecciones del 15 de junio Santiago Carrillo recomienda, pontifical y pícaramente, cuál debe ser la actuación del PSOE:

«... ¿para qué han votado más de cinco millones de españoles al PSOE? ¿Para que el PSOE conserve su virginidad política en la oposición protegiéndola como las monjas de clausura protegen la suya, detrás de las rejas del convento? ¿Le han votado esos cinco millones largos de es-

pañoles para que el PSOE preserve su imagen, es decir, para que el PSOE se mire todas las mañanas al espejo y vea si sigue siendo tan hermoso o más hermoso que el día anterior...?»⁶.

«... los millones que han votado por él lo han hecho por considerarle un partido socialista y obrero, para que resuelva los problemas que hoy tienen en nuestro país los obreros y los trabajadores, ¿y dónde se resuelven esos problemas? Esos problemas se resuelven allí donde está el centro del poder, es decir en el Gobierno...»⁷.

«Aunque la imagen se deteriore, nos han votado, y, sobre todo, han votado a los partidos que han tenido más diputados para que metan las manos en la masa, para que no tengan miedo de marcharse, para que no estén ahí esperando simplemente a ver si los otros fracasan para reemplazarles, porque lo que puede fracasar es la democracia que estamos construyendo. ¡Miedo a desgastarse! Pero los partidos no son un fin en sí mismos, los partidos son el instrumento a través del cual el pueblo interviene en la política y si hay que desgastarse se desgasta uno para servir al pueblo»⁸.

El mensaje de Carrillo era claro: estábamos en una situación de emergencia y no se podía esperar; aguardar significaba sentar la posibilidad de que estuviera allí ya Pinochet. Entonces, la situación no sería de emergencia, sería la dictadura otra vez⁹. A partir de este momento, la política de Carrillo durante este período es de entendimiento con la UCD. Es una política que ha sido definida como «compromiso histórico a la española»¹⁰, y que trae consigo la famosa tenaza UCD-PCE, que va a tener una extraordinaria importancia en los pactos de la Moncloa, la ponencia

El compromiso histórico a la española trajo consigo la tenaza UCD-PCE, de gran importancia en los Pactos de la Moncloa.

constitucional, el consejo de radiotelevisión, la sesión parlamentaria sobre la agresión al diputado Jaime Blanco. La posición del PCE es clara: ridiculizar

constantemente la mínima crítica de los diputados socialistas, como muestra de una irreprimible ansia izquierdista, juvenil, inmadura, ideológica, propia de aquéllos que teniendo cien años de historia acaban de nacer y no tienen todavía patente de izquierdistas.

Ante la bancarrota ideológico-político-moral de la izquierda extraparlamentaria... ante la política de entendimiento con la UCD del PCE, y no nos olvidemos, ante la constante provocación terrorista, la política y el margen de maniobra de la dirección socialista no era excesivamente amplio, y quizás el error fundamental fue el pensar que lo era, fue el creer que aquí cabían estrategias a la sueca¹¹.

El PSOE diseña su estrategia de alternativa de poder. Tras la consideración de que la situación española se asemejaba al bipartidismo imperfecto, Alfonso Guerra diseña la política del PSOE:

«En algunas ocasiones se le recuerda al Partido Socialista que su opción histórica no está en el poder sino en la oposición. Se pretende fundar tal observación en la imposibilidad —a juicio de los que así piensan— de que los poderes tradicionales del país, Ejército, Iglesia, institución Monárquica y gran empresariado y banca, no aceptarían las medidas transformadoras que, obviamente, pondría en práctica un gobierno de socialistas. Aconsejan, en consecuencia, que los socialistas se mantengan en la oposición durante años, a fin de lograr una credibilidad social que les convierta en artífices posibles de un cambio al acceder al poder. Olvidan que las fuerzas que lucharon contra la dictadura poseen mayor credibilidad que las vinculadas al régimen anterior. Se cree más en los proyectos socialistas que en los procedentes de una formación amorfa como UCD. No existe, en

El margen de maniobra de la dirección socialista no era excesivamente amplio, y quizás el error fundamental fue el pensar que lo era.

las condiciones políticas actuales, necesidad de un forzado *calvario* de oposición para los socialistas, sino por el contrario, alcanzada una mayoría parlamentaria el acceso al poder de los socialistas no sería contestado desde los poderes tradicionales...»¹².

La aceptación por parte de los denominados poderes fácticos, la ampliación electoral del 30 al 45 por 100 del electorado, el abandono del marxismo como muestra de la prudencia, de la cautela, de la moderación, de la sensatez, frente a los susodichos poderes y al electorado de las clases medias que nos tenía que donar su voto. Era una estrategia peligrosa porque daba, por supuesto, precisamente lo que había que demostrar. A saber: ¿nos iban a aceptar realmente los poderes fácticos? ¿Teníamos nosotros más credibilidad para el señor Milans del Bosch o el señor Armada que los antiguos funcionarios de la dictadura franquista? ¿Bastaban esos gestos simbólicos, esos entierros de la *acumulación ideológica* para ser creíbles, aceptables, integrables? ¿Eran los miembros de la operación Galaxia (verdadero test de la actuación de los militares durante la transición jurídico-constitucional) un conjunto de locos, alucinados, fanáticos, extraordinariamente minoritarios? ¿Eran la mayoría de los militares constitucionales?

El segundo conjunto de interrogantes referidos a nuestra ampliación del espacio electoral: ¿cabía educar, ideologizar, *moralizar* a esas clases subalternas descuartizadas, desterritorializadas, desarraigadas por el franquismo... y a la par ampliar nuestro proyecto a todo lo largo y ancho de las capas medias, de ese 10 ó 15 por 100 que necesitamos para la victoria electoral?

No se pudo verificar, cual hubiera sido la reacción de los poderes fácticos ante un gobierno socialista; lo que sí

pudimos comenzar a constar fueron las dos características del período político que desde entonces comenzaban a vislumbrarse: la intocabilidad del aparato del Estado dictatorial y la progresiva pasivización, alejamiento, de importantes bases sociales de todo tipo de comportamiento, práctica o interés político.

La elaboración de la Constitución implicaba una tregua en las luchas, un pacto para resolver ica o interés político.

La elaboración de la Constitución implicaba una tregua en las luchas, un pacto para resolver los problemas fundamentales, un gos tras la firma de los pactos de la Moncloa; el nivel de lucha, de confrontación, disminuyó radicalmente. Había que dar una tregua, que

disminuir la beligerancia, que llegar a un acuerdo para consolidar la democracia; y el hecho objetivo es que la izquierda efectivamente disminuyó el

potencial de lucha, encuadró las reivindicaciones, garantizó la paz social, soportó la austeridad, pero no tuvo como contrapartida la democratización del Estado.

No nos referimos sólo al tema de la reforma fiscal o de la seguridad social, que ya hoy, a la altura de este verano del ochenta y uno, podemos comprobar lo que pueda de aquéllas supuestas reformas...; el problema estaba en ese aparato estatal franquista que no había sido depurado, democratizado, desactivado, ese aparato, esa eterna espada de Damocles que pendía continuamente sobre nuestras cabezas, visible o invisiblemente, y que hacía que cualquier Constitución, sin esa previa democratización, fuese un puro papel mojado.

UCD se mostraba incapaz de controlar, regular, democratizar los aparatos militares. La oposición en el Parlamento por temor, por prudencia, por responsabilidad, por evitar provocaciones

desestabilizadoras evitó cualquier fiscalización seria, cualquier confrontación que exigiera la depuración de los antiguos mandos franquistas. Y el hecho evidente es que la conspiración golpista, el franquismo enquistado, tenía un motivo básico para intensificar su densidad, su fuerza, para alimentar su particular mística. Nos referimos a la constante provocación terrorista. Es evidente que el militarismo antidemocrático no soporta ni al Parlamento, ni al sistema de partidos, ni las centrales sindicales, ni las comunidades autónomas, ni los movimientos sociales, ni las libertades civiles. Todo le repugna desde su concepción de la patria unida, de la sociedad homogénea, de la disciplina castrense, de la jerarquía, el orden y la autoridad.

**La izquierda efectivamente
disminuyó el potencial de lucha
pero no tuvo
como contrapartida
la democratización del Estado**

Pero pienso que el continuo fulminante terrorista, que la continua provocación etarra propiciaban un sentimiento de heroísmo, del sacrificio, de la

abnegación por la patria de los militares franquistas, que contraponían constantemente a lo que denominaban la desidia, la frivolidad, la irresponsabilidad de la *clase política*. El franquismo no sólo había quedado enquistado en los aparatos del Estado, sino que su subcultura había penetrado en múltiples conciencias que veían a los políticos como corruptos yuguladores, usurpadores de la savia y el jugo sociales.

Una doble crisis

A) *Crisis política*

A partir de la primavera del setenta y nueve, comenzamos a vivir una doble crisis: una crisis política y una crisis social. Tras el período de elaboración del texto constitucional, tras la ruptura del consenso, se comienza a configu-

rar, a conformar, a modelar el sistema de partidos de España, y aquí comienza uno de los síntomas más relevantes de la crisis política.

Hemos dicho anteriormente que, tras junio del setenta y siete, determinadas formaciones políticas o sindicales, con indudable importancia a lo largo de la segunda república (anarquistas, republicanos), han desaparecido prácticamente del mapa político. De la misma manera, partidos con importancia en la lucha contra la dictadura pierden todo nivel de presencia o eficacia: nos referimos al maoísmo y al trotskismo. Ante esta situación, caen sobre la izquierda socialista y comunista, todo el conjunto de aspiraciones y rechazos de expectativas y frustraciones, que el período constituyente ha ido generando. El Partido Comunista entra en un proceso de crisis interna de unas dimensiones y profundidad por el momento inimaginables. A pesar del intento de Santiago Carrillo, en el Congreso de la primavera del setenta y ocho, de desviar el debate hacia una conflagración ideológica sobre el leninismo, la dictadura del proletariado, el eurocomunismo, los países del este... no cabe ninguna duda que los resultados electorales de junio del setenta y siete, que la excesiva complacencia, entendimiento y apoyo de la UCD a lo largo del período constituyente, habían generado un profundo malestar en las bases comunistas. Si en aquel momento las críticas a la política de la dirección comunista no tuvieron, a nivel de medios de comunicación, una extraordinaria relevancia, eran signos que preludiaban la crisis del espacio comunista. En este verano del 81, cuando escribo, basta pensar en el abandono del PCE de hombres tan significativos como Mohedano, Triana, Tamames, Sacristán, para comprender que el gran éxito de Carrillo ha estribado en lograr constituir un partido co-

munista no apto ni para la derecha (Tamames), ni para la izquierda (Sacristán), corriendo el peligro de resquebrajamiento o escisión entre el área prosoviética (Espuny) y la corriente socialdemócrata (Borja)¹³.

Esta dilapidación por parte de Carrillo del patrimonio comunista durante la lucha contra la dictadura, va a ir acompañada de una profunda crisis ideológica de la derecha española. Si el problema de *identidad* de los comunistas les lleva a asumir acríticamente las tesis socialdemócratas, o a cobijarse compulsivamente en las viejas fortalezas estalinistas..., el designio de la derecha española a marzo del setenta y nueve, la derecha duda constantemente entre aceptar el designio católico o laico, conservador o regeneracionista, neoliberal o progresista. Sueña constantemente con la señora Thatcher, a la par que con rescatar tradiciones teóricas tan contrapuestas como la de don Angel Herrera o la de don Manuel Azaña¹⁴. En todo este maremagnum de polémicas entre democristianos y social-liberales, los antiguos funcionarios de la dictadura optan por no definirse ya que su *ideología* es la resultante de todas las formaciones políticas integradas en UCD.

En estas circunstancias sí hay un tema que la derecha de este país no logra de ninguna manera resolver: la interrelación entre los derechos de las burguesías nacionales y las presiones del aparato militar. A partir de junio del setenta y nueve, con las primeras negociaciones del acuerdo marco con la UGT, UCD logra de alguna manera satisfacer a la confederación empresarial: no en balde habíamos pasado del 16 al 22 por 100 de los pactos de la Moncloa, al 13 al 16 por 100 del acuerdo marco, prelude del 9 por 100 al 11 por 100 de subida salarial actual. Efectivamente, como había prometido Suárez comenzaba a aplicar una políti-

**El éxito de Carrillo
ha estrivado en constituir
un partido comunista no apto
ni para la derecha (Tamames),
ni para la izquierda (Sacristán).**

ca, tras el consenso, más acorde con los intereses de la patronal.

Pero si en el tema económico y en la política exterior de la derecha española

comienza a perfilar claramente su salida neoliberal y atlantista de la crisis, a nivel de reestructuración del Estado y del marco ideológico, la crisis va agigantándose. Tras las derrotas electorales de UCD en Catalunya, Euskadi y en el referéndum andaluz, la política de UCD con respecto a las minorías nacionalistas (con las que podía coincidir en temas como la educación, el programa económico, la política exterior) tiene el fortísimo handicap de ser incapaz de reestructurar democráticamente el Estado centralista en un nuevo Estado autonómico.

¿Qué hace el PSOE ante esta doble crisis de la UCD y del PCE? A lo largo del XXVIII congreso se había criticado a la dirección socialista por haber realizado una política conciliadora parlamentarista, electoralista, por haber ejercido una autoridad desmedida sobre la organización secuestrando la información, la formación y la participación.

Tras su triunfo arrollador (dadas las normas de elección de delegados) en el congreso extraordinario, la nueva ejecutiva aparece como un equipo homogéneo, conjuntado. Esta sociedad necesitaba un referente tranquilizador, sensato, maduro ante cualquier vacío de poder, y lo ha encontrado en el partido que ha logrado superar su crisis ideológica, generacional y organizativa.

Este partido se lanza a establecer una tarea de oposición responsable al equipo gubernamental, quiere ser y actuar como oposición, a no ser (cláusula de salvaguardia) que la situación del país, que la democracia y las instituciones corran peligro, en cuyo caso, el Partido Socialista estaría dispuesto a asumir tareas de gobierno.

En el análisis de las acciones realiza-

**La política de UCD tiene el
hándicap de ser incapaz
de reestructurar
democráticamente un nuevo
Estado autonómico.**

das durante este bienio hay que considerar que, efectivamente, ese papel de oposición se ha intentado ir realizando en algunos puntos: pensamos en el

debate sobre el estatuto de centros y en la lucha por la escuela pública... en la consecución de los estatutos autonómicos gallego y andaluz. En esos temas parlamentarios se intenta ir produciendo un despegue, una diferenciación, una presión sobre el equipo gubernamental.

No se puede decir lo mismo, salvo honrosas excepciones, de la labor socialista y del aliento y apoyo a las reivindicaciones del movimiento estudiantil de enero del ochenta, a las reivindicaciones campesinas andaluzas del verano del ochenta, a las abortistas vascas, a las luchas por la libertad de expresión en la primavera del ochenta. Todas estas reivindicaciones sociales implicaban, posibilitaban, un mínimo renacer de la democracia en sectores y grupos hasta entonces marginados de toda actuación política relevante.

Surge en aquel momento el debate sobre la creación en España de un partido radical. La idea admitía distintas formulaciones, desde mi punto de vista acordes con la doble tradición republicana, que no tenía continuidad: la perspectiva liberal-laico-regeneracionista y la perspectiva libertario-radical-antiinstitucional. Y probablemente ambas tradiciones, los herederos de Azaña y de Durruti, deberán tener un sitio en nuestro panorama político. Par desbloquear la situación de la derecha quizás era conveniente ese partido bisagra¹⁵. Para incentivar una política de izquierda, dada la bancarrota de la extrema izquierda y la crisis del PCE, era imprescindible la potenciación de movimientos sociales autónomos: feminismo, ecología, que tenían una debilísima implantación en nuestro país. Creo que esta segunda herencia y

lectura, más cercana al socialismo libertario, era también extraordinariamente necesaria¹⁶.

En todo este proceso contradictorio

y zigzagueante de búsqueda de cauces de intervención y participación conviene resaltar el profundo impacto popular de la moción de censura. Durante aquéllos días, después de meses y meses de letargo político, el pueblo logra sintonizar con el parlamento. Se plantea una crítica al ejecutivo dada la situación existente de paro, de confusión autonómica, de restricción de las libertades, de indefinición exterior.

Este factor positivo, este comenzar a ser oposición, va unido a un proyecto ambiguo y contradictorio que comienza a manifestar la dirección socialista: el programa abierto a otras formaciones políticas, la mayoría alternativa al gobierno de UCD. Es evidente que en este punto se hacía una lectura de la situación, se tomaba una postura que podía implicar determinados costes históricos. Por un lado, la resolución del congreso extraordinario únicamente posibilitaba una participación gubernamental en situaciones de grave peligro para las instituciones democráticas. Pero nos atrevemos a afirmar que lo que era en aquella resolución una cláusula excepcional se había convertido en el objetivo esencial del período político. Había que llegar al gobierno, cuanto antes, para realizar desde él la revolución burguesa, la consolidación de la democracia, la modernización del aparato de Estado que la burguesía se mostraba incapaz de realizar.

Había que llegar al gobierno bien con aquella amalgama extraordinariamente contradictoria de apoyos de mayo del ochenta, intentando aunar los intereses de los nacionalistas catalanes y vascos, del PSA, los del Partido Comunista, las centrales sindicales y el propio programa socialista. La estrate-

En ese momento, ni el discurso conservador de Calvo Sotelo, ni el referente tranquilizador de F. González calman las ansias golpistas.

gia, independiente de que fuera acorde o no con la resolución congresual, tenía su punto de racionalidad en torno a la construcción del Estado de las

autonomías, y planteaba muy serios problemas en torno al programa económico y a la política social: ¿cómo unir y vertebrar los intereses de la banca catalana y los de CC.OO., el modelo educativo del PNV y el programa por la escuela pública del PSOE, las reivindicaciones feministas y el concepto de la familia de los democristianos vascos¹⁷.

El candidato Felipe González es derrotado, y a partir de aquel momento comienza una política de la ejecutiva, bastante ininteligible para algunos, de cuarteamiento sistemático de la figura de Adolfo Suárez: «la democracia no soporta más Suárez, Suárez no soporta más democracia», son algunos de las frases más utilizadas. Producida la reentré política se insiste machacantemente en la necesidad, imprescindible para consolidar la democracia, de un gobierno de coalición. Ahora ya no necesariamente con los *nacionalistas*, sino con sectores *democráticos* de UCD, una vez excluido Suárez.

Cuando no hacía sino días en que se seguía afirmando que en España era imprescindible la coalición hasta el año 2000, dimite Suárez. Dimite para que «la democracia en España no vuelva a ser un paréntesis». Se agiganta la crisis de UCD, se produce el vacío de poder, y en ese momento ni el discurso conservador, neoliberal, atlantista de Calvo-Sotelo, ni el referente tranquilizador, sensato, prudente, de Felipe González logran calmar las ansias golpistas, incendiarias, de sectores de las Fuerzas Armadas. Este es el punto básico que posteriormente analizamos; ¿por qué ni el atlantismo al día, el Reagan español, ni el referente sensato, tranquilizador, maduro, logran evitar el golpe de Estado? ¿Por qué se produ-

ce esto, a pesar de la salida neoliberal de la crisis económica y de la moderación, responsabilidad, prudencia, sensatez de las organizaciones políticas y de las centrales sindicales?

Antes de pasar a este punto, antes de analizar el por qué del 23 de febrero y sus efectos (una democracia secuestrada, desgarrada, vigilada), conviene insistir en la otra dimensión de la crisis; en la crisis social.

B) *La crisis social*

La crisis que vive la frágil democracia española no es sólo crisis del sistema de partidos, crisis de la forma de Estado, crisis económica; es crisis social, cultural, civilizatoria. Civilizatoria porque la izquierda llega a la democracia sin poder desentenderse de la crisis teórico-ideológica que afecta

sustancialmente al movimiento obrero europeo: crisis del leninismo, en sus distintas variantes —estalinista, maoísta, trotskista—, crisis de los partidos

comunistas, crisis de la *nueva izquierda*, crisis del modelo socialdemócrata y del Estado del bienestar.

La izquierda española no puede evadirse de este tema, y la prueba está en la bancarrota de la extrema izquierda y en la necesidad de los partidos mayoritarios de resolver sus problemas de identidad: crisis del marxismo, abandono del leninismo. Estos debates mastodónticos son una coartada para evitar entrar en un análisis de la transición política; pero no sólo una coartada: reflejan una profunda crisis de identidad que afecta al pensamiento socialista.

Si unimos a esta crisis teórica la situación de las clases subalternas a la salida del franquismo, y la estrategia político-sindical seguida ante la crisis económica, no es de extrañar que entre la confusión programática, la desidentidad cultural y la austeridad forzada se haya llegado a esta situación de desafiliación, de desencanto, de absten-

ción, de crisis de militancia. Este fatalismo social que preside la escena española nos hace pensar si no hubiera sido preferible soportar, sufrir, atravesar el forzado calvario del que hablaba Alfonso Guerra en el texto que reproducíamos anteriormente. Si la tarea no estaba precisamente en haber hecho una política pedagógico-cultural con estas bases sociales descuartizadas. Es evidente que esta política no era sencilla en una situación de consenso constitucional y de pacto social, pero es evidente que la cultura política alternativa sólo se ejerce con la capacidad de lucha, que la formación es inseparable de la movilización.

La tarea, desde luego, era extraordinariamente difícil y las fuerzas con las que se contaba eran escasas, pero no

podemos dejar de constatar que, a nuestro parecer, se operó con una minusvaloración de la pervivencia del antiguo aparato de Estado, con una po-

lítica de cuarteamiento constante y de competencia por el mismo espacio electoral con la debilísima burguesía democrática española. Que hoy no esté depurado el aparato de Estado, que la burguesía española democrática sea débil, que las bases sociales de la izquierda sean escasísimas si las comparamos con el Partido Laborista británico o con el Partido Comunista italiano... todo ello no es sólo fruto de la crisis económica, de la debilidad congénita de la burguesía española o de la tradición pretoriana del Ejército español... Es fruto también de una determinada política de la izquierda de la que hoy recogemos sus amargos frutos.

La democracia secuestrada

La democracia española, como ha señalado I. Ramonet, aparece como una democracia desgarrada entre los errores del Gobierno, la complacencia y moderación de la oposición, el fanatis-

**La primera tarea
básica y fundamental
es subordinar
el poder militar
al poder civil.**

mo exasperante del terrorismo vasco, la intimidación antidemocrática de los militares golpistas... y, lo que es más grave, la despolitización, el desencanto, la indiferencia y la apatía del pueblo¹⁸. Esta es la trágica realidad y es vano ocultarlo: la democracia española, a partir del 23 de febrero, está vigilada, chantajeada.

Y es la primera tarea básica y fundamental: subordinar el poder militar al poder civil. Lo cual no es nada sencillo, porque hemos perdido unos años preciosos para haber realizado esta tarea absolutamente prioritaria. ¿Por qué no aceptan sectores importantes de las Fuerzas Armadas un régimen que ha sancionado la confederación de empresarios? ¿Por qué no viven como su portavoz a un hombre que no tiene reparo

en mostrar su simpatía con Mr. Reagan, que aparece como un conservador puro y duro, como un conservador, como le definió acertadamente J. A. González Casanova, «nato»?¹⁹.

Es sobrecogedor leer detenidamente los artículos del colectivo Almendros, porque son una lección para evitar caer en cualquier simplismo economicista, para rechazar cualquier explicación de los fenómenos del 23-F desde cualquier esquematización mecanicista de la lucha de clases.

Este sentimiento, que los autores consideran generalizado en el seno de las Fuerzas Armadas, de que el proceso va mal, que la situación se está degradando, que la identidad española se desvanece, que la crisis social aumenta, que asistimos a una crisis radical de España como Nación y como Estado... en definitiva que el Gobierno, divorciado de los cuadros militares, ha perdido el control de la reforma y, por tanto, es imprescindible una solución correctora que *regenera* la situación.

Es evidente que la continua provocación etarra, que la continua exasperación a los golpistas del autoproclama-

do aparato coercitivo de la clase obrera, subleva constantemente a los miembros de los cuerpos armados, como continuamente hemos ido refiriéndonos a lo largo de este trabajo.

Pero es evidente, también, que el concepto de unidad, de homogeneidad, de autoridad, de disciplina de las Fuerzas Armadas formadas durante el franquismo, es radicalmente antidemocrático, antipluralista, es férreamente centralista. En este punto la izquierda no puede dar un sólo paso atrás. No nos olvidemos que si hoy son las autonomías las que atentan contra la unidad, mañana serán las reivindicaciones sociales las que atenten contra la paz y el orden. La izquierda tiene que ser clara en su apoyo a las reivindicaciones de las nacionalidades oprimidas y en su exigencia de subordinación al aparato militar.

**La izquierda
tiene que ser clara
en las reivindicaciones
de las nacionalidades y en la
subordinación del aparato militar.**

El caso de Catalunya es paradigmático. Parece como si los causantes de la desestabilización fueran las fuerzas catalanas, que han pasado de prototipo la sensatez y prudencia a contramodelo de astucia y perversión. Hay que reaccionar, antes de que sea demasiado tarde, y no caer en la trampa. Mostrar que es la crisis capitalista y el contradictorio desarrollo capitalista español el causante de la actual situación de discriminación, marginación, explotación y opresión de los inmigrantes en Catalunya. No se puede propiciar de ninguna manera una división de comunidades (inmigrantes y autóctonos) que tendría irreparables consecuencias.

Tras aquellos días, Calvo-Sotelo se reúne con el consejo superior del Ejército, con los grandes banqueros, con la confederación de empresarios, con el nuncio del Vaticano y el presidente de la conferencia episcopal; Pérez-Llorca viaja a Estados Unidos. Los otrora poderes fácticos aparecen a las claras y plantean explícitamente los límites, los niveles, los supuestos de la operación.

El Parlamento avala rápidamente las decisiones que se toman. El problema, hoy, en España no es la izquierda, que parece encontrarse desmoralizada, dividida, impotente. Una izquierda que no ejerce la oposición para no cuartear aún más el Gobierno constituido.

El problema es de la derecha, de la debilísima derecha democrática española. Parecía lógico que con la política contemporizadora, conciliadora, de la izquierda parlamentaria, la derecha habría logrado convencer a los poderes fácticos de que la transición había terminado con un saldo positivo para sus intereses... que el encuadramiento democrático no era tan peligroso, que la reforma había triunfado, que el programa a aplicar iba a ser netamente conservador²⁰. Y, sin embargo, no ha sido así. Llegamos al 81 con una izquierda debilitada, y con una derecha incapaz de democratizar, de controlar los aparatos del Estado. El balance no puede ser más sobrecogedor: un Parlamento, una democracia vigilados y asediados.

Un horizonte oscuro

Si el balance no puede ser más preocupante, no cabe duda que el futuro no puede ser más incierto. Hay que decir muy claro que la raíz de la actual inestabilidad no se encuentra, de ninguna manera, en una izquierda que, inconsciente sobre la actual correlación de fuerzas, se haya lanzado aventurera, enloquecidamente, a una situación de confrontación, de lucha pura y dura, frontal, contra el sistema capitalista...; una lucha, hasta tal punto desgarrante, que haya provocado la amenaza, la intervención de los aparatos represivos del Estado, para salvaguardar los intereses económicos dominantes.

Desde aquella vieja política de reconciliación nacional (1956) hasta el pacto por la libertad (PCE), o desde la experiencia de la segunda república y la

guerra civil, es evidente que los partidos de izquierda han jugado únicamente a consolidar este sistema democrático, a que la democracia en España, por una vez, no fuera la excepción. La discusión hoy no es sobre cómo transitar al socialismo, cómo romper con el capitalismo; éste no es el problema más urgente. El problema consiste en cómo salir del dilema trágico y paralizador que nos tiene atrapados: o bien una democracia vigilada, restrictiva, recortada, una dictadura implícita... o, por el contrario, una dictadura explícita, un régimen claramente autoritario, reaccionario, antidemocrático, cívico-militar.

Terminamos un período caracterizado por el pacto, el consenso, la negociación, la oposición responsable... para iniciar, a partir del 23-F, otro basado en la concordia, la posposición de las diferencias, la concertación. Entre tanto, es difícil afirmar que el golpe hubiera tenido un apoyo social significativo. Pero también es cierto que la desmovilización, la desorganización, la debilidad, la indefensión del bloque dominado, mostró una escasísima capacidad de réplica. El pueblo español no quería, desde luego, volver a la represión indiscriminada y a la cartilla de racionamiento... pero tampoco, pasivizado, desmoralizado, sumiso y fatalista, hubiera luchado extraordinariamente por impedirlo.

Todo ello no es fruto, única ni principalmente, de la *perversión, traición o corrupción* de las cúspides dirigentes, de las direcciones político-partidarias. Los *polos alternativos* no han tenido mayor fortuna, y motivos había para que la decepción ante la política contemporizadora de la izquierda parlamentaria hubiera encontrado una

**El problema,
hoy, en España
es de la derecha,
de la debilísima derecha
democrática española.**

réplica en las organizaciones de masas, en los movimientos sociales, en organizaciones de izquierda alternativa. No ha sido así, y ello es síntoma de

que el problema tiene unas raíces más hondas²¹. Las causas, creemos, como ha señalado acertadamente, entre otros, A. Domenech, están en ese profundo proceso de desculturización, de desvertebración de la sociedad civil en nuestro país. Existe un pavoroso magma de deseducación política.

Y aquí está uno de los grandes errores de la izquierda en todo el proceso, que corremos el peligro de seguir reproduciendo. Nuestras bases sociales están machacadas. El electoralismo, el parlamentarismo, la oligarquización y el cesarismo interno no han provocado ese partido serio, maduro, responsable que sería el referente tranquilizador ante cualquier vacío de poder.

Hay que fortificar las organizaciones políticas y sindicales de la izquierda, lo cual no se logra con la contención, la desaceleración, la desmovilización de todo tipo de luchas y combates. Existen suficientes niveles, suficientes áreas de movilización: el atlantismo que se nos impone como sustituto del golpismo; el autoritarismo como restricción constante de las libertades; el centralismo como congelación anti-autonómica; el neoliberalismo como salida de la crisis económica; el neconfesionalismo como disfraz ideológico de la gran derecha.

La política de concertación tiene un peligro indudable. Tras la oferta socialista de coalición como mecanismo de desactivación de las trampas golpistas, entramos en una situación de

El error básico en este período de transición: tragar con la austeridad, el paro, la congelación salarial, sin haber exigido la democratización del Estado.

pasividad, de ralentización²². Y mediante esta política corremos el peligro de reproducir lo que considero ha sido el error en este período de transición: tragar con la austeridad, el paro en contradicción con una práctica fuere exigido la democratización del aparato de Estado. Haber realizado una política de defensa que, pese a todas las autoproclamaciones de seriedad, rigor y responsabilidad, se ha mostrado inconsistente, insensata y radicalmente ineficaz para prevenir los vacíos de poder o para neutralizar las conspiraciones golpistas. Entre la imagen tecnocrático-profesional de las fuerzas armadas, el abandono de cualquier movimiento *peligroso* de oficiales demócratas o de soldados concienciados, hemos abandonado el terreno a la intoxicación ideológica permanente de los cuartos de banderas por parte de la prensa golpista.

Nuestro horizonte es incierto y nuestro futuro oscuro, porque sin presencia en el ejecutivo no tenemos ninguna garantía de desactivación del golpismo. Mediante la concertación sí tenemos, sin embargo, grandes posibilidades de no lograr realizar la urgentísima tarea de regeneración político-cultural-movilizador que es imprescindible para recuperar nuestra fuerza sociopolítica. La concertación puede implicar la subordinación total, el doblegamiento a la política del Gobierno, sin garantías de democratización, aumentando aún más el alejamiento y desmovilización de las bases sociales potencialmente socialistas.

¹ Cfr. N. Pulantzas, *Estado, poder y socialismo*, pág. 7. Ed. Siglo XXI. Madrid, 1979.

² Cfr. por citar un caso, se puede ver el análisis de la transición política del VI Congreso de la Liga Comunista Revolucionaria. Enero, 1981.

³ F. Claudín, *Interrogantes ante la izquierda*, pág. 68. Ed. Viejo Topo. Barcelona, 1980.

⁴ Cfr. Alfonso Osorio, *Trayectoria política de un ministro de la Corona*, pág. 183 y ss., con respecto a la dimisión del general de Santiago. Pág. 183 y ss., sobre la legalización del PCE.

⁵ A. Santesmases, *Las dos opciones del PSOE*. «Zona Abierta», n.º 20. Madrid, 1979.

^{6 7 8 9} S. Carrillo, *Un año de la Constitución*,

págs. 104 y 105. Ed. Grijalbo. Barcelona, 1978.

¹⁰ E. Gomáriz, *El PSOE y la crisis orgánica de la burguesía*. «Zona Abierta», n.º 16, pág. 36. Madrid, 1978.

¹¹ E. Gomáriz, cfr., el artículo anterior y *El precio de caricaturizar*. «Zona Abierta», n.º 18, pág. 48. Madrid, 1979.

¹² A. Guerra, *Estrategia de poder*. LEVIATAN, n.º 1, II época, pág. 50. Sevilla, 1978.

¹³ Sobre la crisis del Partido Comunista, *A propósito del Congreso del PSUC*, de Manuel Sacristán, en «El País», 22 de enero de 1981. El debate entre Sempere, Borja, Sánchez, en el n.º de marzo del 81 en «El Viejo Topo». El n.º de febrero del 81 de «Nuestra Bandera». *Tamames tiró la toalla*, n.º 165 de «La Calle». *¿Para qué sirven los partidos comunistas en Europa?*, de Jordi Borja en la misma revista, n.º 170.

¹⁴ Se puede establecer una comparación entre el libro de Osorio, mencionado anteriormente, y la obra de Francisco Fernández Ordóñez, *La España necesaria*. Ed. Taurus. Madrid, 1980.

¹⁵ Cfr. Luis Gómez Llorente, *Saludo al Partido Radical*. «El País», 3 de abril de 1980.

¹⁶ Cfr., Manuel Pérez Ledesma, Santiago Cas-

tillo, *La alternativa radical*, ed. Fundamentos. Madrid, 1981.

¹⁷ Los cuatro artículos en «Diario 16» de los parlamentarios socialistas; 15 de junio de 1980.

¹⁸ Cfr. Ignacio Ramonet, *Una democracia desgarrada*. «Le Monde Diplomatique», abril de 1981.

¹⁹ J. A. González Casanova, *Un conservador nato*. «El Periódico», 19 de febrero de 1981. Cfr., también del mismo autor, *Una democracia secuestrada*, «El Periódico», 5 de marzo de 1981; *Por una democracia sin secuestrar*, 12 de marzo de 1981, en el mismo periódico.

²⁰ Sobre el tema de la relación entre la corona, las Fuerzas Armadas, el empresario y los distintos gobiernos de UCD, se puede consultar el trabajo de E. Gomáriz, *Crisis orgánica, crisis militar*, publicado en LEVIATAN, n.º 3, primavera de 1981.

²¹ Cfr., la carta de la redacción de «Mientras Tanto», en su n.º 7, a la que antes me he referido.

²² Peligro señalado acertadamente por Alfonso Guerra, en su artículo *Situación política tras el golpe de Estado*, en «Sistema», n.º 42. Madrid, 1981.